

ATLAS DE UNA PASIÓN ESFÉRICA



Pequeñas grandes historias del fútbol mundial

El fútbol se ha convertido en un símbolo de nuestros tiempos. Ningún otro deporte mueve tantas pasiones, tanto dinero y a tanta gente. Pocos rincones del planeta se han sustraído a la pasión por este viejo juego, cuyas historias nos permiten viajar por los libros de historia y los mapas del mundo.

Nada mejor que un atlas, con las maravillosas ilustraciones de Pep Boatella, para descubrir algunas de esas historias que nos cuentan por qué el fútbol es una de las grandes pasiones del planeta. Un planeta con forma de balón.

“Lo que finalmente sé con mayor certeza respecto a la moral y a las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol.”
Albert Camus

geoPlaneta 



TONI PADILLA
Ilustraciones de PEP BOATELLA

ATLAS DE UNA PASIÓN ESFÉRICA

geoPlaneta 

TONI PADILLA

ATLAS DE UNA PASIÓN ESFÉRICA

Ilustraciones de
PEP BOATELLA

geoPlaneta 

SUMARIO

ÁFRICA

- 10 Presidente Gandhi
- 14 Sacrificar un Mundial por tu tierra
- 18 El capitán odiado por todos
- 22 El defensa que quería ser expulsado
- 26 Los goleadores sin botas

AMÉRICA

- 32 El irracional amor a una camiseta
- 36 Ojos verdes, rizos africanos
- 40 Mexicanos con chapela
- 44 El secuestro de Alfredo di Stéfano
- 48 La corbata roja
- 52 Un certificado médico para ser campeonas
- 56 Jugar con rastas
- 60 El pescador que obró milagros
- 64 Volver



ASIA

- 70 Los futbolistas bautizados dos veces
- 74 La selección que nació antes que su país
- 78 Los hijos de los deportados
- 80 En el nombre de la hermana
- 84 Un niño de 50 años
- 88 El último emperador

EUROPA

- 92 Soldados con sonrisas de niño
- 94 Las invencibles de Preston
- 98 Una pistola de madera
- 102 Dormir con el hijo del enemigo
- 106 El árbitro más valiente del mundo
- 110 El partido de la muerte
- 114 El defensa que quería volar
- 118 El arte de renacer
- 122 Esperanza bajo las bombas
- 126 El PAOK bien vale una misa
- 130 La estrella que llegó en un camión

OCEANÍA

- 134 Good morning, Vietnam
- 138 El orgullo de una *fa'afafine*

ANTÁRTIDA

- 142 Jugar en una prisión de hielo

El primer viaje, el primer partido, el primer amor. A mi padre.

La pelota siempre ha estado ahí

EN JULIO DE 1969, El Salvador y Honduras se enfrentaron en un conflicto bélico que no duró más de 100 horas. El periodista polaco Ryszard Kapuściński, que cubría aquel incidente, lo bautizó en un artículo como “La guerra del fútbol”. Kapuściński, quien antes de viajar con una cámara y una libreta por todo el planeta había sido portero juvenil del Legia de Varsovia, usó este título porque el conflicto había estallado poco después de una eliminatoria entre las dos selecciones que acabó con incidentes. El nombre hizo fortuna, pero acabó llevando a engaño; durante muchos años, en Europa se pensó que dos países habían ido a la guerra por culpa de un partido de fútbol. En verdad, el partido había sido la mecha que prendió un polvorín geopolítico que venía de lejos, con tensiones en la frontera y movimientos migratorios.

La pelota siempre ha estado ahí. En tierra de nadie, en casa de todos. Nunca protagonista del todo, aunque siempre presente. El fútbol no ha provocado guerras ni grandes cambios políticos, aunque ha sido una herramienta en manos de dictadores, una ventana abierta para gente oprimida, un campo de batalla para combatir discriminaciones por raza, sexo o ideología. Y una forma de expresión para quienes no podían pagarse estudios, pero sí podían patear una pelota. Pese a ser un lenguaje universal que permite poner de acuerdo, o en desacuerdo, a personas con lenguas y culturas diferentes, el fútbol suele ser marginado de los trabajos históricos. Durante mis años en la facultad de Historia, descubrí tratados en que la música, el arte o, cómo no, la religión y la política, eran usados para interpretar acontecimientos históricos. Con el fútbol no sucedía lo mismo, aunque, cuando

rascabas un poco, descubrías que una pelota fue clave en las treguas de la Primera Guerra Mundial, volvió aún más loco a más de un dictador africano o provocó la muerte de muchas personas.

El fútbol se ha convertido en un símbolo de nuestros tiempos. Ningún deporte mueve tantas pasiones, tanto dinero y a tanta gente. Pocos rincones del planeta se han sustraído a la pasión por este viejo juego que fue reglamentado por los británicos, grandes responsables de su éxito. El fútbol, menospreciado por muchos intelectuales que no toleran su popularidad, y

maltratado por los que sí lo valoran y lo usan en su provecho, también es una forma de viajar por los libros de historia y los mapas del mundo. Nada mejor que un atlas, pues. Y con la mejor de las compañías: las maravillosas ilustraciones de Pep Boatella, para descubrir, con una sonrisa, como la de los niños y niñas cuando marcan su primer gol, algunas de las historias que nos cuentan por qué esta es una de las grandes pasiones del planeta. Un planeta con forma de balón.

TONI PADILLA



EL PESCADOR QUE OBRÓ MILAGROS

(El Salvador, 2006)

CADA DÍA, a las cuatro de la mañana, Máximo se despertaba y estudiaba las mareas, como habían hecho su padre y su abuelo. Marta, su mujer, se ocupaba del almuerzo. Y Agustín, el hijo mayor, preparaba las lanchas. «Hoy sal mar adentro», le dijo Máximo a Agustín. Cuando unas horas más tarde volvió la lancha, los padres escucharon los gritos de alegría de su hijo, que regresaba con la embarcación llena de pescado. Ese día, la mitad de la gente del pueblo aún dormía; era 1 de enero y la noche había sido larga, pero los Ruiz se habían levantado como cada día. Y contaron más de dos mil presas. Agustín Ruiz lo recuerda como el día más feliz de su vida.

Conocido por todos como «Tin», el hijo de Máximo y Marta se sigue des-

pertando cada día a las cuatro, aunque ahora sus padres ya están retirados, pues él les construyó una pequeña casa de dos habitaciones y les pidió que dejaran de trabajar. Eso sí, él siguió subiendo a las lanchas, con las manos llenas de cortes de remendar redes y los pies cubiertos de callos. Esos pies que han ganado más dinero que las manos. Los pies más famosos de toda la bahía de Jiquilisco, una zona de la costa salvadoreña llena de manglares y playas.

Máximo y Marta no sabían leer ni escribir, aunque entendían a la perfección las mareas, los vientos, la naturaleza. Cuando la marea acompañaba, se podía pescar dentro de la bahía. Otros días tocaba sacar las lanchas familiares de la isla La Pirraya mar adentro, en ese océano Pacífico que se había cobrado





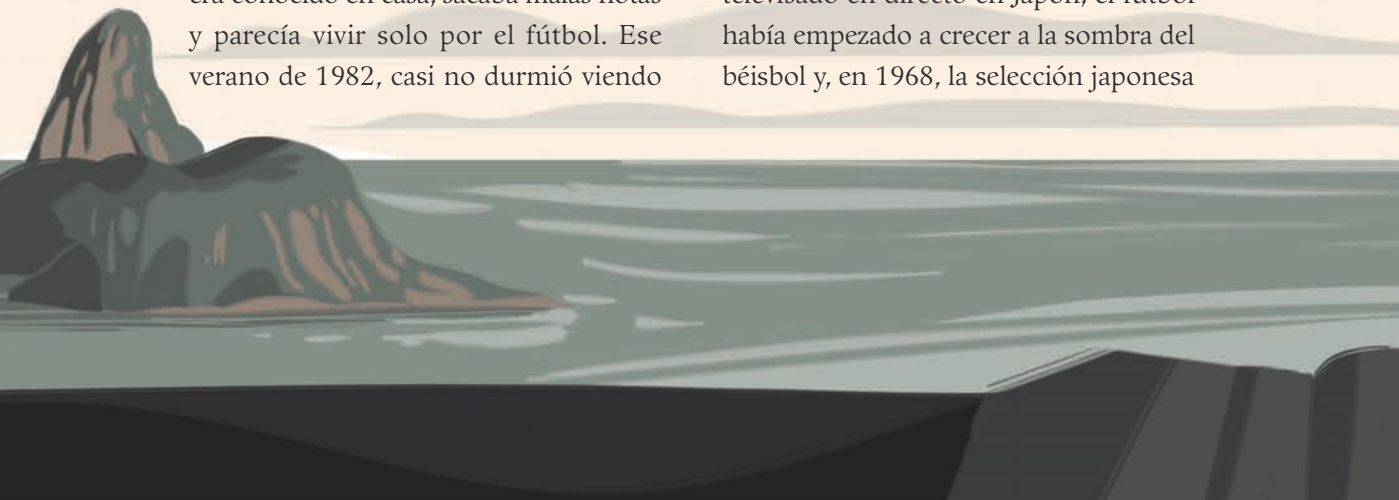
UN NIÑO DE 50 AÑOS

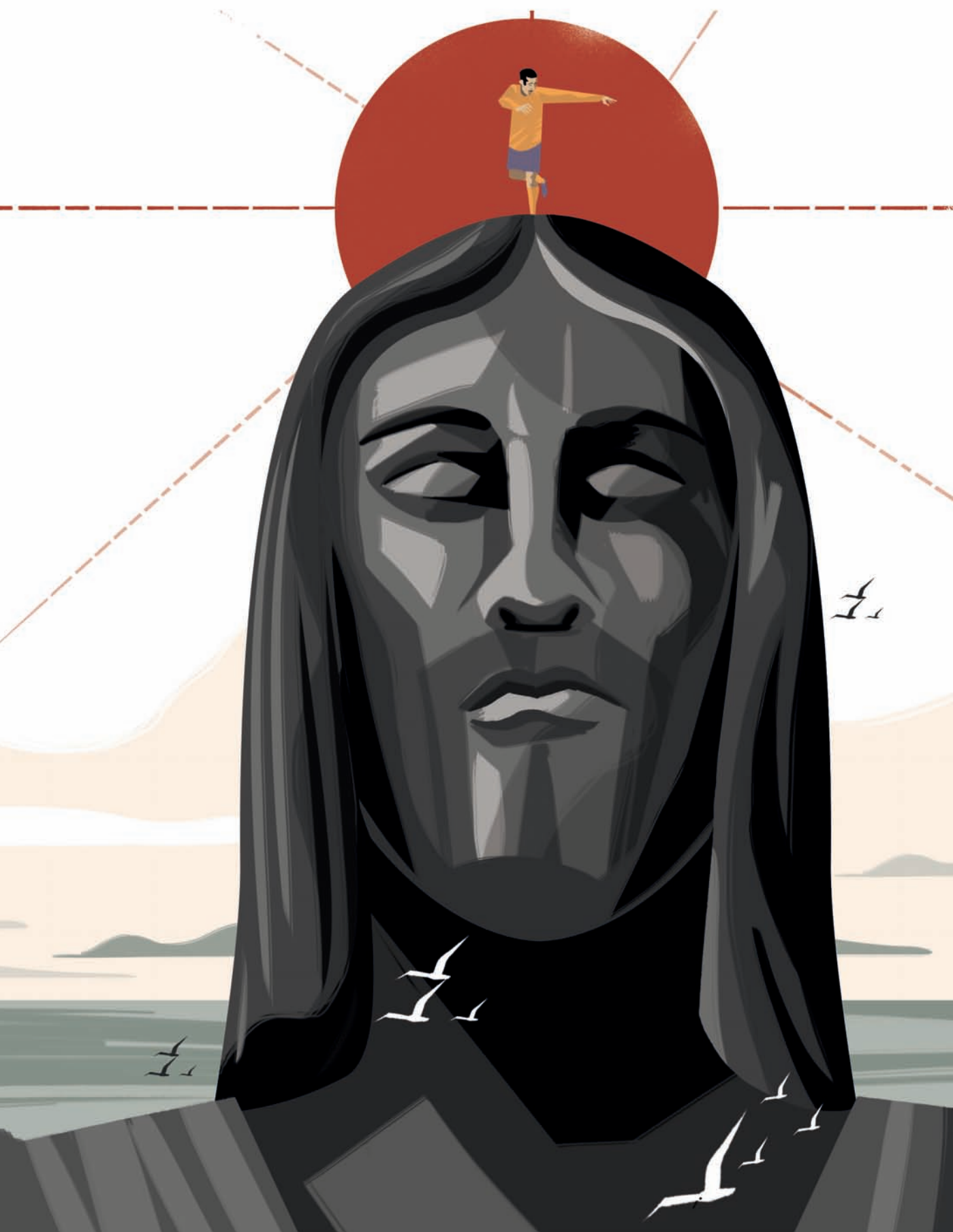
(Japón, 1990)

KAZUYOSHI MIURA compraba los cómics en un supermercado cercano a la escuela Gakuen de Shizuoka. Casi siempre iba y volvía de la escuela, a unos 15 minutos de casa, pateando una pelota de fútbol. Con un ojo controlaba el balón y con el otro devoraba los cómics. Al chaval se le daba bien la pelota, nunca se separaba de ella. Como nada lo hacía más feliz que el fútbol, sus padres colgaron en un lugar destacado de la casa las tres medallas de campeones de la liga escolar de Shizuoka que ganó. El problema era que Kazu, como era conocido en casa, sacaba malas notas y parecía vivir solo por el fútbol. Ese verano de 1982, casi no durmió viendo

por televisión los partidos del Mundial de España. Y cuando su selección favorita, Brasil, perdió contra Italia en un partido precioso, jugado en el estadio de Sarrià de Barcelona, lloró durante horas.

El manga favorito de Kazu era *Captain Tsubasa* (conocido en España como *Oliver y Benji*), creado por Yōichi Takahashi en 1981. El cómic, que cuenta la historia de un chico que brilla como futbolista, aprovechaba el reciente tirón del fútbol, hasta entonces un deporte marginal entre los japoneses. Después del Mundial de Inglaterra de 1966, el primero televisado en directo en Japón, el fútbol había empezado a crecer a la sombra del béisbol y, en 1968, la selección japonesa







LOS FUTBOLISTAS BAUTIZADOS DOS VECES

(Corea, 1954)

JULES RIMET, fundador y presidente de la FIFA, agonizaba a sus 83 años justo cuando se acumulaban muchas carpetas urgentes en su mesa. Durante los primeros meses de 1954, la FIFA intentaba organizar las eliminatorias de clasificación para el Mundial de ese verano en Suiza, lidiando con un panorama aterrador: el planeta estaba lleno de guerras, revueltas y manifestaciones que afectaban al deporte. La FIFA había enviado a Israel a competir contra equipos europeos, había vetado a Vietnam del Sur para no herir a los franceses y tenía dudas sobre si podría cumplir la promesa de que, por primera vez, un equipo asiático jugara la fase final. Solamente dos selecciones de ese continente se habían apuntado: Japón y Corea del Sur. Y eran enemigos. La

lógica decía que una de las dos se clasificaría superando una eliminatoria con partido de ida y vuelta, pero el presidente de Corea del Sur, Syngman Rhee, comunicó a la FIFA que le negaría el visado a los futbolistas nipones, pues hacer sonar el himno japonés en Seúl sería considerado una ofensa. No eran bienvenidos en una tierra donde las tropas japonesas habían asesinado, torturado y reducido a la esclavitud sexual a más de cien mil mujeres.

El belga Rodolphe Seeldrayers, mano derecha del presidente de la FIFA, se encargó de lidiar con el asunto mientras seguía con tristeza cómo Rimet se apagaba. Seeldrayers chocó una y





otra vez con un muro coreano. Pocos meses antes, el 27 de julio de 1953, se había firmado el armisticio que ponía punto final a la guerra civil que dividió en dos la península, y el nacionalismo coreano, marcado por dos guerras y

décadas de represión, no cedía ni un centímetro: Japón no competiría en Seúl. Seeldrayers, desesperado, jugó su última carta con un telegrama dirigido a la Federación Coreana de Fútbol: si no podían acudir a Seúl, los japoneses